

derechos del ciudadano y había aspirado a convertirse en pieza clave de la educación entendida de manera total, incluida en ella la formación ética».

Durante el Renacimiento y el Barroco la Retórica conquistó nuevos campos, el de la poetología, la hermenéutica teológica y la estética. Será especialmente a partir del siglo XVII, cuando, debido a los avances científicos, la retórica empieza a recibir sus mayores críticas y desde una disciplina que en la Edad Media había sido precisamente su aliada en el saber, la filosofía. Ésta última, deslumbrada por el progreso de la ciencia pone en entredicho la verosimilitud y las falsas apariencias de la retórica. Esta misma idea la herederá el siglo de la Luces, en el que especialmente las críticas que recibirá el arte de la persuasión de D'Alambert en la Enciclopedia y de Kant en su *Crítica del juicio estético*, van contribuyendo a que la retórica vea estrechados sus límites y vaya perdiendo su facultad inicial de argumentación y persuasión. Los pensadores de aquel momento harán que ésta vaya dirigiendo sus pasos a otros campos, de tal manera que la retórica se irá fusionando cada vez más con la poética, a la vez que intensificará el proceso de literaturización, ya iniciado en la Edad Media y en el Renacimiento, que alcanzará su clímax en el siglo XIX.

A continuación, ya en el siglo XX, con los nuevos estudios dedicados al habla y a la comunicación, la retórica vuelve a restablecerse y se empieza a investigar con muy diversos enfoques, como la utilización de la pragmática en el arte de la oratoria, o las concepciones de la *New Rethoric*, que suponen un renacimiento de la sofística tradicional.

Las concepciones de la Retórica en este siglo son analizadas con detalle por López Eire. De esta forma nos va mostrando todo un panorama de lo que son los estudios actuales de la retórica, como los trabajos de Curtius, Jakobson, Grice, entre otros muchos especialistas que el autor de *Esencia y objeto de la Retórica* analiza concienzudamente y sobre los que da su opinión de experto en la materia.

En definitiva, el estudio de López Eire supone un acercamiento preciso al mundo del arte de hablar y de recitar con un estilo entre desenfadado e irónico, pero sin olvidar nunca la rigurosidad y la seriedad de lo que está tratando.

JAVIER ESPINO MARTÍN

SOLINO, *Colección de hechos memorables o El Erudito*, Introducción, traducción y notas de Francisco J. Fernández Nieto, Madrid, Editorial Gredos, Col. Biblioteca Clásica Gredos 291, 2001, 598 pp.

Ya desde el prólogo mismo del libro se perfila la intención del traductor de la obra de Solino: recuperar para la actualidad y valorar justamente esta *Collectanea* o *Colección de hechos memorables*, también denominada *El Erudito*. A lo largo del libro, tanto en la introducción como en la traducción y en las abundantísimas, densas y eruditas notas —1469 en total— se constata el éxito de la empresa. Y ello porque Francisco J. Fernández Nieto parte de una premisa impecable y que obedece a un

planteamiento y una forma de trabajar honestos y dignos de elogio, los de abordar las obras en sí mismas y en su contexto, sin prejuicios y sin posturas tomadas de antemano. Los últimos párrafos del prólogo resumen esta actitud, y anticipan la ardua y excelente labor llevada a cabo: (p. 10-11) «Positivamente, ya es hora de devolver una cierta confianza a la *Collectanea*, con todas sus imperfecciones, para situar en la medida exacta la contribución de Solino a la cultura latina de época tardía, cultura que es el reflejo de una sociedad para la que aprender significó entretener y de unos lectores a quienes agradaban los catálogos y las disgresiones trufados de todo linaje de materiales. Lejos de las inquietudes científicas de los siglos I y II, los resúmenes y compendios cumplieron una misión literaria y social digna de estudio y todavía podrán suministrar, si logramos desentrañar sus claves y problemas, jugosos datos sobre el acervo de los conocimientos del mundo antiguo».

Y es que C. Julio Solino, autor de cuya vida apenas sabemos algo, incluso la época concreta en la que vivió es discutida, gozó de buena fortuna en la Antigüedad Tardía y Edad Media; sin embargo, en los últimos dos siglos ha visto minimizada su importancia, especialmente a partir del severo juicio dado por Mommsen al autor, aunque le dedicó dos ediciones de la obra. Tan cierto es esto que, como recuerda Fernández Nieto en el citado prólogo, apenas ocupa unas líneas en los manuales, muchas veces peyorativas o, al menos, nada elogiosas, y eso cuando aparece, porque en ocasiones ni siquiera merece una mención. De hecho, también recordado por Fernández Nieto, la obra de Schulten (entiéndase de él y otros investigadores), *Fontes Hispaniae Antiquae*, no recoge a Solino, cuando en la obra hay una serie de pasajes que tratan explícitamente de *Hispania*, además de otros datos salpicados en la obra. Pongamos un ejemplo donde puede comprobarse el tipo de valoración que el autor merece, sin ser, no obstante, de los más críticos. En el conocido manual de E. Bickel, *Historia de la literatura romana* (Heidelberg 1960) en la edición española (Madrid 1987) p. 257, a propósito de la llamada «literatura de compendios» se lee: «Pero la simplificación prosigue con el transcurso del tiempo hasta los Compendios más pobres y áridos como los que conservamos en las *Periochae omnium librorum T. Livii*. Todavía peor que esta decadencia en sí fueron los criterios en que se fundaba la redacción de los resúmenes. Así el *Epitome* de Julio Obsequente.... La *Collectanea rerum memorabilium*, la descripción de la tierra de Solino, que ejerció gran influjo en la Edad Media y que fue también resumida de nuevo y finalmente refundida en hexámetros, es un ejemplo que demuestra cómo se ejercía en esta época la redacción de libros». En su mayor parte el texto de Solino está compuesto seleccionando curiosidades de la *Historia Natural* de Plinio. Ésta, junto a una simple mención en la enumeración de fuentes que usó Beda (p. 38), es la única referencia al autor en el citado manual.

No es éste el lugar para tratar sobre la valoración que la crítica filológica moderna ha hecho de la Antigüedad, especialmente la crítica positivista marcada por las pautas mayoritarias de la gran filología alemana del s. XIX, en cuyo seno para muchos estudiosos sólo los auténticos clásicos, modelos y cánones, son dignos de elogio. La delicadeza de la crítica realizada por Fernández Nieto, prudente y atempe-

rada, sobre los estudiosos que editaron en el pasado a Solino y comentaron su obra, aconseja seguir en la misma línea, sin entrar en una mayor discusión. Simplemente se debe dejar constancia de que esta línea de pensamiento basado más en la comparación interna de la literatura antigua, estableciendo jerarquías y cánones, ha llevado no ya a la minusvaloración, incluso desprecio, por otro tipo de manifestaciones, sino a planteamientos desacertados que a veces se han reflejado en los criterios de edición de textos o análisis y comentarios de las obras. Nadie pretende, desde luego, comparar a Solino y tantos otros autores, con los grandes clásicos, pero también es cierto que no son éstos últimos los únicos que conforman la cultura latina (igualmente ocurre en la griega) y que han configurado el acervo cultural recibido y que ha marcado y moldeado a la posteridad.

Precisamente, el estudio de Fernández Nieto viene a demostrar esto y se inserta plenamente en la concepción de la Colección Biblioteca Clásica Gredos donde se ha publicado. Conviene recordar aquel cartel publicitario que diseñó la Editorial para el lanzamiento de la Colección, hace ya muchos años. En cartón de fondo azul y letras capitales blancas donde se recogían unas palabras de Ortega y Gasset de *Miseria y esplendor de la Traducción* y entre las cuales se podía leer: «Grecia y Roma son el único viaje absoluto en el tiempo que podemos hacer. Y este género de excursiones son lo más importante que hoy se puede intentar para la educación del hombre occidental... De aquí que me obsesione, desde hace muchos años, esta idea de que es preciso rehabilitar para la lectura toda la Antigüedad grecorromana. Y para ello es inexcusable una gigantesca faena de nueva traducción. Porque ahora no se trataría de verter a nuestros idiomas del día las obras que valieron como modelos en su género, sino todas, indiferentemente».

Ése es el compromiso felizmente asumido por esta Colección. Y ése es el compromiso y el logro felizmente conseguido por Fernández Nieto con su estudio y traducción de la obra de Solino. Ha conseguido recuperar para los lectores de hoy un texto singular. Claramente deudor de Plinio y Pomponio Mela, además de alguna otra fuente «paradoxográfica» desconocida, pero bien detectada por él. Y lo ha conseguido gracias a sus profundos conocimientos y a su trabajo riguroso en las tres partes en las que, a mi modo de ver, podemos analizar el libro.

En primer lugar la Introducción. En ella hace un exhaustivo análisis de los problemas que encierra la obra, en cuanto a autor, cronología, dedicatoria —ya que el libro presenta dos, a un tal Advento y a Constancio (Constancio II?)—, así como el espinoso problema de la doble recensión de la obra. Sintetiza las teorías fundamentales expuestas sobre los diversos problemas, con una exposición clara, sistemática, a veces demasiado densa hasta llegar a sus propios planteamientos, pero inevitable dada la «maraña» de hipótesis existentes, algunas producto de esa necesidad de explicar influencias y deudas de Solino, al que no se le ha reconocido una mínima capacidad no ya de originalidad, sino de mérito mínimo, y al que, como mucho, se le concedido la «habilidad» de fusionar bien las fuentes que ha recogido. Especialmente destacable es el análisis interno de la propia obra que permite a Fernández Nieto afinar en el abanico cronológico de la redacción de la misma, extrayendo algunos datos

que marcan el *ante quem* y el *post quem* de la misma. Así la mención de la destrucción de la ciudad de Engada (35, 12), ya que, aunque hubo una destrucción en el 73 d. C., fue reconstruida hacia el 300 y gozó de nueva vitalidad, a decir de Eusebio de Cesarea, en el s. IV. No parece viable que Solino escribiese ignorando esta reconstrucción y nuevo auge, si escribió avanzado el s. IV, especialmente porque en Plinio, su fuente en este pasaje, no se dice nada del asunto. Este y otros argumentos le llevan a situar la obra en el final del s. III o primera mitad del IV, desechando, por ejemplo, uno de los argumentos que se consideró definitivo en su día y era el de que para Mommsen la «admiración senil de Solino por el pasado y sus reproches a los tiempos que le tocaron en suerte son muestra de un período decadente, que se compadece mejor con la edad de Valeriano y de Galieno que con el siglo de los Antoninos». Con este criterio se fechó la obra en el s. III y, algunos autores, más precisamente en los reinados de ambos emperadores (253-268 d. C.).

Singularmente brillante es el análisis y crítica de las fuentes de la obra, de las que se ha dicho antes que son fundamentalmente Plinio y Mela y textos paradoxográficos, pero que hay que matizar y ampliar a la vista de la lectura de la obra, especialmente en lo que se refiere a la forma de manejo, donde no existe ese absoluto servilismo que se suponía. Fernández Nieto entresaca las diferencias y desviaciones del autor, sus posibles aportaciones originales y el manejo de otras posibles fuentes.

Igualmente destacable es la fijación del contenido y estilo de la obra, una especie de *chorographia* que no se limita a una descripción geográfica, sino que pretende dar una «visión del mundo» romano, recogiendo todos aquellos datos singulares, menos conocidos, curiosos, que satisfagan la curiosidad del lector, por mundos ignotos: pueblos, costumbres, animales, reales o fabulosos, plantas, con propiedades curativas o mágicas, y un sinfín de datos ordenados en torno a la descripción geográfica del mundo conocido, especialmente en torno al *Mare Mediterraneum*, así denominada por vez primera por Solino.

Pero quizá lo más meritorio sea el estudio de la complejísima transmisión del texto, así como la existencia de la doble recensión. Aunque el autor toma como base la segunda edición de la obra de Mommsen, conoce bien las familias de manuscritos y las dependencias, glosas, y particularidades. Por este motivo presenta una serie, nada desdeñable, de variantes sobre las que se aparta de la edición seguida, para ofrecer la traducción en función de otras lecturas. En mi opinión, plenamente justificadas, a juzgar por las explicaciones y argumentos dados, luego ampliados en las diversas notas que afectan a estas cuestiones de crítica textual.

La segunda parte es la traducción. No se trata sólo de una traducción correcta, sino fluida, precisa en cuanto a términos técnicos y bien adaptados al castellano. Hace de esta obra un ameno inventario de curiosidades —lo que debió ser en la Antigüedad Tardía y en la Edad Media, de cuyo impacto en estas épocas también ha dado cuenta en la Introducción— que no escapa a la mentalidad bajoimperial en la construcción de obras de este tipo, con sus dedicatorias preocupadas por establecer el tipo de obra que se quiere llevar a cabo, y en la línea de los prólogos de obras técnicas. Fernández Nieto consigue una traducción fiel, pero que permite producir en

el lector una impresión similar —salvando las distancias y los gustos y aficiones de cada época y mundo— a la que debían tener quienes gustaron de ella en los siglos inmediatamente posteriores a su difusión. Y eso, creo, que es un logro merecedor de elogio.

La tercera parte son las notas. Ya he comentado antes que había nada menos que 1469. Todas útiles, documentadísimas y, sobre todo, tan variadas y completas que amplían la obra no ya a una mejor valoración de la *Collectanea* de Solino, sino que convierten el libro en un instrumento sólido y muy valioso para el conocimiento de la crítica de fuentes, del manejo de fuentes griegas y latinas en la Antigüedad, del conocimiento del mundo antiguo en cuestiones de física, geografía, etnografía, botánica, zoología y un largo etc. Ese manejo profundo, amplio de una buena cantidad de textos antiguos, así como una riquísima bibliografía secundaria de estudios, manuales, artículos sobre cada tema y cada aspecto, convierten el estudio de Fernández Nieto en un libro definitivo sobre la obra de Solino y en una referencia básica para adentrarse en otros muchos aspectos y autores del mundo antiguo.

Sólo queda felicitar al autor y animarlo a que se decida a realizar una nueva y definitiva edición crítica de Solino. Sus profundos conocimientos y sus largos años de estudio —porque un trabajo así no se improvisa en un tiempo mínimo ni se culmina partiendo de la coyuntura de preparar una traducción— han hecho de Fernández Nieto un gran compañero de viaje de Solino; la excursión más importante que puede hacer, retomando las citadas palabras de Ortega y Gasset, es que, una vez que nos ha recuperado al autor en nuestra lengua, nos lo traiga en la suya original y ofrezca ahora el texto latino; seguro que conseguirá presentarnos un texto muy, muy próximo al original de aquél poco conocido C. Julio Solino.

ISABEL VELÁZQUEZ  
Dpto. de Filología Latina  
Universidad Complutense

Jacques FONTAINE, *Isidore de Séville. Genèse et originalité de la culture hispanique au temps des Wisigoths*, Turnhout, Brepols, Témoins de notre histoire, 2000, 486 pp., 97 figs. + 1 mapa.

De vez en cuando se produce un hito en la historia de la cultura y en el campo de las publicaciones en Humanidades. Ése es el caso de esta obra magistral de Jacques Fontaine. Una pequeña joya —casi aspecto de ella tiene, en su pequeño y cómodo formato y en el preciosismo de su presentación— de valor inestimable.

No es éste el elogio de una persona admiradora de la obra del maestro, aunque lo sea, sino la conclusión firme de quien ha leído reposadamente el trabajo, lo ha manejado y utilizado para otros estudios y de quien, a lo largo de la lectura del libro, ha compartido opiniones del autor o discrepado de ellas, pero siempre ha tenido la constatación clara de un desarrollo argumental y de una organización de las ideas impe-